
La revolución de la lectura durante el siglo XIX en México

José Ortiz Monasterio*

El objeto del presente artículo es, fundamentalmente, indagar sobre el número de lectores mexicanos en el siglo XIX. En términos generales observamos la tendencia a comparar las tasas actuales de alfabetización con los datos disponibles sobre aquella centuria para llegar luego a la conclusión de que los lectores eran escasísimos en el XIX. Aquí, es preciso aclarar que el esfuerzo alfabetizador de la Revolución mexicana —especialmente notable a partir de la campaña emprendida por Torres Bodet en 1944— se levantó sobre las bases erigidas en la centuria anterior. En todo caso, nadie pone en duda que ahora hay más mexicanos que leen (o podrían leer), lo que interesa conocer es *la alfabetización que el siglo XIX aportó*. En vista de que sólo contamos con censos oficiales a partir de 1895 no podemos esperar resultados de una gran exactitud, pero sí indicadores bastante precisos para medir el impacto de los medios impresos en la sociedad mexicana del siglo XIX.

Para apreciar el éxito alfabetizador durante el siglo XIX basta leer con objetividad las estadísticas. El censo de 1895, el primero realizado con controles científicos, registra 1,843,292 alfabetas (mayores de diez años), es decir 17.9% de la población y quince años después, en el censo de

1910, este porcentaje subirá a 27.7%, que suman 2,292,076 personas.¹ (Véase el cuadro I.) Para quien compare estos índices con los actuales parecerá poco, de la misma manera que las diligencias decimonónicas resultan primitivas y lentas con respecto a los aviones; sin embargo las líneas de diligencias introducidas por Escandón representaron un avance notable *con respecto a la situación anterior*. Del mismo modo, esos más de dos millones de alfabetas en 1910, no son pocos sino un número muy considerable en relación con los que había en los inicios del siglo XIX. La cuestión es que, como señala Riva Palacio, debemos mirar a cada época con la luz que le es propia.

Para enderezar el árbol torcido se suele inclinarlo a fuerzas hacia el otro lado; debemos cuidarnos de no hacer esto. Si se ha subestimado, y por mucho, el número de lectores mexicanos en el siglo XIX, ello no debe conducirnos a hacer cálculos rápidos y exagerados en el sentido opuesto. Lo que hace falta es utilizar nuevas fuentes, confiables, y éstas son los padrones de los ayuntamientos; este laborioso trabajo lo ha realizado Isnardo Santos Hernández para la ciudad de México en 1882 y su conclusión es la siguiente:

¹ *Estadísticas históricas de México*, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1999, t. I, p. 100.

* Instituto de Investigaciones José Ma. Luis Mora.

Cuadro I: Población alfabetizada de 10 años y más, 1895-1940

AÑO	POBLACIÓN ¹	ALFABETAS	PORCENTAJE
1895 ²	10,301,030	1,843,292	17.9 %
1900	9,822,220	2,185,761	22.3 %
1910	10,809,090	2,992,076	27.7 %
1921	10,528,622	3,564,767	33.8 %
1930	11,748,936	4,525,035	38.5 %
1940 ³	12,960,140	5,416,188	41.8 %

Fuente: *Estadísticas históricas de México*, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1999, t. I, pp. 100-101.

¹ Nótese que se trata, salvo indicación en contrario, de la población de 10 años y más, no del total.

² Población de 6 años y más.

³ Población de 6 años y más.

Según cifras obtenidas a través del padrón de 1882, la población masculina que sabía leer era de 43,507 hombres y 40,020 mujeres. Si sumamos, encontramos un total de 83,527 posibles lectores. Lo que equivale al 42.78% de la población total de la ciudad de México.²

² Isnardo Santos Hernández, “El Hijo del Trabajo (1876-1884). La experiencia de la prensa independiente”, tesis de licenciatura en historia, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades, 2000, pp. 65-66. El índice de alfabetización para la ciudad de México en 1882 es congruente con los datos que arroja el censo de 1895; en éste se señala para el Distrito Federal (ciudad de México y pueblos circunvecinos) 44.8%, índice que es el más alto de la República seguido por Tlaxcala con 33.9%. El mayor contraste se observa entre los estados del norte y los del sur: Tamaulipas 31%, Nuevo León 29.8%, Sonora 27.6%, Sinaloa 23.8%; mientras que Oaxaca 8.7% y Guerrero 7.7%. Véase *Estadísticas históricas de México*, loc. cit., pp. 100-112.

Las estadísticas —escuché decir a O’Gorman— son como los bikinis: lo que enseñan es interesante, pero ocultan lo fundamental. Lo que equivale a decir que no basta conocer el número de lectores sino comprender *la diferencia* en el acto de leer durante el siglo XIX. En ese sentido es muy interesante la obra, publicada en 2001 y titulada *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, coordinada por Laura Beatriz Suárez de la Torre, donde se aprende mucho sobre el mundo editorial decimonónico y algunas voces comienzan a decirnos que el número de lectores del XIX ha sido subestimado. En la mencionada obra, Nicole Giron (quien entre otras cosas ha estudiado muy a fondo la publicación de folletos) concluye que:

Se ha repetido mucho que la población mexicana, aun la urbana, era mayoritariamente analfabeta; también se ha afirmado que, gracias a la práctica de la lectura en voz alta, una gran porción de las personas

iletradas podía tener conocimiento de la información escrita. Quizá los esfuerzos que estamos realizando hoy para acercarnos a un mejor conocimiento de la vida editorial decimonónica nos conduzcan a reconsiderar las interrogantes relativas a los niveles reales de analfabetismo en México y a alcanzar una mayor congruencia entre los múltiples factores relacionados con este tema, que no parece estar aún totalmente dilucidado.³

Por su parte Lilia Guiot de la Garza, en su ensayo sobre las librerías de la ciudad de México, nos dice:

Este estudio descubrió también la trascendencia de las librerías en una ciudad que, paradójicamente, parecía estar poblada por analfabetos. Sin embargo, lo aquí manifestado nos lleva a pensar que tal vez el número de lectores no era tan reducido como siempre se ha manejado. En este sentido es necesario replantear el mundo de los lectores pues, para un escaso número de ellos, resulta sorprendente la cantidad de comercios dedicados a la venta de libros.⁴

Una primera conclusión a la que llegamos es que la imaginada y escasísima alfabetización decimonónica mexicana es lo que se llama una conseja. Ciertamente, los índices eran muy inferiores a los actuales ¡pero hablamos de una diferencia de 100 o 200 años! Lo que interesa conocer es *la alfabetización que el siglo XIX aportó y com-*

³ Nicole Giron Barthe, "El entorno editorial de los grandes empresarios culturales: impresores chicos y no tan chicos en la ciudad de México", en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), Miguel Ángel Castro (ed.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 59.

⁴ Lilia Guiot de la Garza, "El Portal de Agustinos: un corredor cultural en la ciudad de México", en Suárez de la Torre, *op. cit.*, p. 242.

prender históricamente el significado de la lectura en aquella época.

La experiencia de la lectura en el siglo XIX

Ante todo debemos enfatizar que la función y el significado del libro eran enteramente distintos entonces y ahora; por un lado los medios electrónicos masivos han devorado en una medida considerable la función informativa y de entretenimiento que el libro tenía, de ello resulta que el público lector tenga hoy un perfil muy distinto. Actualmente, para taponar el ojo al macho, hasta regalan libros en el *metro*; compárese esta situación con el panorama que ofrece el doctor Mora cuando escribe en 1836:

La importación frecuente de libros y la manía o moda de tenerlos y estudiarlos es siempre creciente en la República. Por personas que han visitado recientemente las otras secciones de América sabemos que en ellas hay más bibliotecas públicas que en México; pero todos los que han residido en esta República convienen en que en ninguna de las otras hay tantas colecciones de libros; a pesar de la asombrosa importación que se ha hecho de este artículo de comercio y de estar enteramente libre de derecho, ningún efecto se ha mantenido constantemente en tan alto precio. Esta observación que es justa y se halla apoyada en datos seguros, prueba de un modo evidente que la demanda mexicana es muy superior en este artículo a todos los otros.⁵

Otra evidencia sobre la avidez por la lectura en el XIX nos la ofrece la primera empresa

⁵ José María Luis Mora, *Obras completas* (volumen 4). *Obra histórica I. México y sus revoluciones*, investigación, recopilación y notas de Briseño Senosiain, Solares Robles y Suárez de la Torre, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, p. 74.

editorial del editor Vicente García Torres, que consistió en traducir, él mismo, los tres gruesos tomos (y luego publicar en 1839) del *Tratado completo de diplomacia, o teoría general de las relaciones exteriores de las potencias de Europa, conforme a las más célebres autoridades; por un antiguo Ministro*. En opinión de Guillermo Prieto el *Tratado* resultaba “tan estéril e inoportuno como si se tratara del *Corán*”, pero para sorpresa de todos la obra “tuvo un éxito asombroso, atendida la época, las pocas relaciones del editor y los suscriptores, en su mayoría carniceros y gente de tráfico de abarrote pedestre”.⁶ Esta observación coincide con la opinión del doctor Mora, en el sentido de que después de la independencia había en México un mercado inusitado para los libros.

En cuanto a la limitación de la pobreza para tener acceso a los impresos, tiene, en efecto, un elemento de verdad, pero es claro que los impresos fueron cada vez más baratos (mejor tecnología y nueva mercadotecnia). Por otra parte, jugó un papel enorme la costumbre de leer en voz alta, no sólo para que los pobres y los analfabetas accedieran a los impresos, sino porque esta manera de leer implica una experiencia muy distinta de la lectura en solitario.

Los testimonios sobre la lectura en voz alta son frecuentes y aquí me limitaré a mencionar algunos que me parecen especialmente significativos. Entre los papeles de Vicente Riva Palacio encontré una carta muy reveladora; Jorge de Manjarrez le escribe desde Guadalajara para decirle:

Tal vez será una niñería lo que voy a decir, pero confío en que usted me dispensará en gracia de la sinceridad que dicta mis palabras. En el curso de la novela [*Calvario y Tabor*], en episodios que oía con indi-

⁶ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, pp. 380 y 469; citado en Othón Nava Martínez, “Origen y desarrollo de una empresa editorial: Vicente García Torres, 1838-1841”, en Suárez de la Torre, *op. cit.*, pp. 123-124.

ferencia una persona a quien yo leía por las noches, yo sentía que se me venían las lágrimas a los ojos y tenía que suspender la lectura para limpiarlas con un pañuelo.

Por la escasez de mis recursos vivo con una familia en que hay niños desde nueve a doce años: pues bien, me daba gusto verlos sentados en círculo, escuchando atentos y conmoviéndose con la lectura que daba el hermanito mayor, porque usted con una sencillez encantadora ha sabido tocar las fibras más delicadas del corazón, y poner su novela al alcance de todas las inteligencias.⁷

Nótese cómo la novela que hacía llorar a quien la leía resultaba indiferente para otra “persona”. Véase también que un niño de doce años lee en voz alta para sus hermanos, de modo que de un solo ejemplar podían hacerse varias lecturas en voz alta en la misma casa y no necesariamente se precisaba de la intervención de los adultos.

Otro testimonio que me interesa añadir, por estar cargado de sentido, es el que proviene de las memorias del muy conservador Toribio Esquivel Obregón (1864-1946):

Poco después de las oraciones de la noche, se rezaba el rosario; después se servía la cena en el comedor para la gente grande, en la cocina para los chicos; para mí no, pues debido a mi dieta me quedaba en mi recámara en compañía de alguno de los sirvientes que me dormía contándome cuentos.

Los demás chicos eran mandados a acostar después de la cena; mas los grandes se

⁷ Biblioteca Nacional de Antropología e Historia Eusebio Dávalos Hurtado, Colección Antigua, “Álbum de documentos históricos, impresos y grabados referentes a don Vicente Riva Palacio”, foja 28, doc. 76, carta de Jorge de Manjarrez a Vicente Riva Palacio, Guadalajara, julio 17 de 1868. Véase una exposición más amplia sobre la lectura en voz alta en mi trabajo, “La lectura en el siglo XIX”, en *Crónica Dominical*, 30 de agosto de 1998, pp. 14-15.

reunían en la “asistencia”, venían a aumentar el número algunos tíos, invariablemente la tía Basilisa, y todos agrupados alrededor de un quinqué, se emprendía la lectura de algún libro, de cuando en cuando interrumpida por los comentarios que suscitaba.

Los libros que se leían, de que conservo memoria, eran ante todo el Antiguo y el Nuevo Testamento, para lo cual se había obtenido venia especial del señor obispo, mediante condición de que la lectura se hiciera en la edición del padre Scio y siempre con las notas ilustrativas del texto; la *Fabiola* del cardenal Wieseman, *El genio del cristianismo*, *Los mártires*, *Atala* y *René de Chateaubriand*; *El viaje a la luna*, *Los hijos del capitán Grant*, *Veinte mil leguas de viaje submarino* y otras de Julio Verne y, cosa inexplicable, *El hombre que ríe* de Víctor Hugo.⁸

Este párrafo retrata a una familia devota y morigerada. El ámbito familiar es extenso, es decir que incluye a las tías y los tíos. Las lecturas de tema religioso ocupan un lugar preponderante; el ideal colonial (medieval) en apariencia sigue operando: se lee fundamentalmente para alcanzar la salvación, no para ser culto o conocer el mundo. Pero muy a su pesar, las lecturas profanas ya son habituales y aunque a primera vista los autores son muy “morales”, el propio Esquivel Obregón se sorprende de que tuviera cabida la lectura de Hugo.

Enfatizamos que *la lectura en voz alta es un acto colectivo*. Se reúnen dos o más personas. Hay una inevitable cercanía, sea por la necesidad de oír claramente lo que se lee, sea por no quedar muy lejos de la luz (si es de noche). En consecuencia es un acto de socialización, en este sentido opuesto a la lectura en solitario. Al

⁸ Toribio Esquivel Obregón, *Recordatorios públicos y privados*. León, 1864-1908, estudio introductorio y selección fotográfica de Guillermo Zermeño Padilla, México, Universidad Iberoamericana / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Patronato Toribio Esquivel Obregón, 1992, p. 80.

leer un libro nos hacemos cómplices del autor, pero si la lectura es colectiva esta solidaridad se ensancha. La emoción es más intensa cuando se comparte: un pasaje de un libro disfrutado en solitario puede conmover profundamente, y precisamente porque es natural que se prolongue ese sentimiento, a la primera oportunidad platicaremos con algún amigo la impresión que nos ha causado dicho pasaje. Pero si el auditorio del libro incluye a varias personas, aun antes de hacer comentario alguno, tenemos en cada uno de los oyentes un espejo de nuestras emociones que las retroalimenta, las intensifica. Al ser leído el pasaje de referencia, la abuela permanece impassible, con los ojos entrecerrados, la mano en el bastón; la tía Margarita interrumpe por un momento la costura y levanta la vista, con la mirada vacía y los ojos muy abiertos; las dos niñas mayores hacen exactamente lo mismo, pero sonríen; la prima Pepa parece estar en otro mundo y aprieta el vuelo de su vestido entre las manos como para sostenerse, de su boca entreabierta el aliento exhala difícilmente; entonces mira que Panchita, la cocinera, la observa desde un extremo del salón y se ruboriza. ¿De qué se trata el pasaje al que aludimos? Me gustaría mucho saberlo. Con esta reconstrucción hipotética he querido mostrar la enorme diferencia que existe entre una experiencia de lectura individual y otra colectiva. Para quien quiera ver un retrato de la época, en la Hemeroteca Nacional, se encuentra el óleo “La lectura” (1854) de Josefa Sanromán; en cuanto a lectores de las clases populares están documentados en el cuadro de Agustín Arrieta (1802-1874) “Lectores y china”; por lo que toca al *placer* de escuchar una lectura en voz alta véase “La lectura”, en *El Mosaico Mexicano*, tomo I, 1841.⁹

⁹ El primer retrato aparece en la portada del libro de Esther Martínez Luna, *vid. infra* nota 42. El segundo aparece reproducido en el muy interesante ensayo de Laurence Coudart, “Difusión y lectura de la prensa: el ejemplo poblano (1820-1850)”, en Suárez de la Torre, *Empresa y cultura...*, *op. cit.*, p. 350. El tercero se reproduce en la portada de la misma obra de Suárez de la Torre.

Otro aspecto fundamental es que *la lectura en voz alta se percibe de otro modo por los sentidos*. Recordemos que en el principio era la voz, luego se inventó la escritura. La voz es la manera natural del lenguaje, la escritura es un medio —imperfecto— de transmitirla. En la novela, el género favorito del siglo XIX, los dichos de los personajes, los diálogos, tienen un papel fundamental; el escritor, el buen escritor, debe inventar las voces de los personajes para hacerlos verosímiles. La descripción física, la ropa, los modales, caracterizan a los personajes, pero lo que dicen es lo que define su psicología. A fin de cuentas lo que hace el escritor es transmitir voces humanas (incluyendo la suya), y la forma natural en que se debe leer su obra es en voz alta. Siempre que hay en un texto una intención estética, por mínima que sea, la mejor manera de apreciar ésta es en voz alta. Lo decisivo aquí es que las palabras tienen un sonido, que conservan en potencia en su forma escrita, el cual es un elemento fundamental de la literatura. La musicalidad del lenguaje sólo puede apreciarse debidamente cuando una obra se lee en voz alta. Por eso hablamos del “tono” en que algo está escrito. Por eso la poesía debe ser dicha más que leída y es agradable leerla en voz alta aun cuando se está solo.

El punto al que quiero llegar es el siguiente: el impacto que produce una obra leída en voz alta es mucho mayor. Al darle a las palabras su sonido natural el mensaje del escritor se transmite de manera más completa. Confieso que la poesía me empezó a gustar, lo que se llama verdaderamente gustar, hasta que me la leyeron en voz alta. Creo que ésa fue la intención de quienes organizaron en la Casa del Lago, hace algunas décadas, las sesiones de poesía en voz alta. Por lo mismo hay fonogramas —y no sólo de poesía— en que los escritores o algún intérprete “dice” su obra. Quizás el embrujo de la voz proviene de su atavismo, como señala Forester:

La historia, además de narrar un hecho tras otro, añade algo por su relación con la voz.

No es mucho lo que añade. No nos ofrece nada tan importante como la personalidad del autor. Su personalidad, cuando la tiene, se comunica por expedientes más nobles, tales como los personajes, el argumento o sus comentarios sobre la vida. Lo que consigue la historia con esta facultad en concreto, todo lo [que] puede conseguir, es transformar a los lectores en oyentes que escuchan una “voz”; la voz del narrador tribal que en cuclillas, en medio de la gruta, narra un hecho tras otro hasta que el público queda dormido entre desechos y huesos. La historia es primitiva, se remonta a los orígenes de la literatura, a un período anterior al descubrimiento de la lectura, y apela a lo que tenemos de primitivo.¹⁰

Otra idea equivocada es asociar lo oral con lo efímero. Ahora prevalece el horror a la educación memorística y sería muy largo entrar en este terreno, pero es de suyo evidente que la memoria es una capacidad mental que debe aprovecharse como cualquier otra. En el XIX la memoria oral abundaba y las leyendas, los cuentos, poemas completos o breves epigramas, sin faltar la universidad del refranero, eran un patrimonio valioso y perdurable. Este punto lo ilustra un testimonio de Manuel Maples Arce:

Muchas cosas de aquel tiempo he olvidado, pero no la lectura de *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín, cuya sonoridad atraía a mi padre. En el comedor abierto, desde don-

¹⁰ Edward Morgan Forester, *Aspectos de la novela*, trad. de Guillermo Lorenzo, Madrid, Debate, 1990, p. 46. Sobre el poder fonético de la palabra, Conrad señala: “La fuerza de una palabra es algo que se percibe de inmediato. Quien desee persuadir ha de confiarse no al argumento adecuado, sino a la palabra idónea. Siempre ha sido mayor el poder del sonido que el poder del sentido”. Joseph Conrad, *Crónica personal. Remembranzas*, ed. de Miguel Ángel Martínez-Lage, Madrid, Trieste, 1990, p. 31.

de se miraba el cielo apiñado de estrellas, me leyó el poema íntegro, con una voz que sabía evocar admirablemente las visiones legendarias y los estremecimientos misteriosos de la naturaleza.¹¹

El aspecto afectivo de la lectura en alta voz —un cuento antes de dormir a los niños, Neruda para los enamorados— aún sigue vigente.¹² Lo fundamental es reconocer que esta forma de lectura tenía un impacto duradero en quien la escuchaba. Para las mujeres, quienes tenían pocas opciones de educación media y superior, debió ser especialmente importante; pero también para los iletrados y para los niños. Sí, la pobreza y el analfabetismo limitaban el acceso a los impresos, pero la lectura en voz alta, los gabinetes de lectura,¹³ el precio cada vez más bajo de las ediciones, la posibilidad de adquirirlas en el folletín de los periódicos o por “entregas” hebdomadarias son elementos suficientes para advertir que a lo largo del XIX una revolu-

ción estaba en curso: el paso de una cultura oral a otra predominantemente escrita.

Los impresores, los editores y su campo de actividades

En primer lugar es importante distinguir las figuras del impresor y el editor. El primero se ocupa de imprimir los textos que un individuo, un grupo de individuos, una corporación, una empresa o una agencia gubernamental desean presentar al público con toda la majestad de la imprenta; su trabajo era fundamentalmente artesanal, en un pequeño taller y con un mínimo de tecnología. El segundo, el editor, además de cumplir las funciones del impresor invierte por su cuenta en libros y publicaciones periódicas que vende al público; su labor es básicamente empresarial, delegando los diversos procesos de trabajo a un personal especializado. Los estudios de Nicole Giron sobre el folleto, género característico de la época, servirán de ilustración: para el período 1830-1855 detecta “143 editores diferentes”, desde los grandes hasta pequeñas imprentas, además de 746 folletos que no mencionan siquiera al impresor. La lista de los ocho grandes es la siguiente con la indicación del número de folletos publicado por cada uno en el periodo mencionado:

Ignacio Cumplido 543
José Mariano Fernández de Lara 371
Vicente García Torres 275
Juan Abadiano 262
Mariano Galván Rivera 224
Luis Abadiano y Valdés 190
Alejandro Valdés 148
Rafael de Rafael 136

¹¹ Manuel Maples Arce, *A la orilla de este río*, Madrid, Plenitud, 1964, p. 155.

¹² En cuanto al aspecto afectivo véase lo que dice Forester sobre el recuerdo de niñez que Walter Scott significó para toda una generación. *Op. cit.*, p. 37.

¹³ Sobre los gabinetes de lectura véase el trabajo de Lilia Guiot de la Garza, “El competido mundo de la lectura: librerías y gabinetes de lectura en la ciudad de México, 1821-1855”, en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2003. Merece especial atención el prólogo de esta obra donde la coordinadora hace un balance bibliográfico cabal y actualizado. Además se incluyen aquí los estudios más completos sobre Mariano Galván Rivera, Ignacio Cumplido, José Mariano Lara, Vicente García Torres y Rafael de Rafael. Más recientemente apareció otra obra de gran interés: Carmen Castañeda (coord.), *Del autor al lector*, México, CIESAS / Conacyt / Miguel Ángel Porrúa, 2002. Muchos datos útiles pueden hallarse en Seminario de historia de la educación en México, *Historia de la lectura en México*, México, Ediciones del Ermitaño / El Colegio de México, 1988.

¹⁴ Nicole Giron, *op. cit.*, p. 55. Con seguridad eran más de ocho los editores en la ciudad de México que se arriesgaban a publicar impresos por su cuenta. Hará falta más investigación para determinar esto y para incluir a los editores del interior. Además debe considerarse que los impresores pequeños seguramente

Giron menciona, además, a 26 impresores medianos que publicaron de 10 a 79 folletos cada uno, así como a 109 chicos que dieron a la luz de 1 a 10 folletos cada uno.¹⁴

Los editores, como lo muestra el caso de Mariano Galván, no sólo editaban libros sino que también se encargaban de comerciar con ellos, tanto los propios como los ajenos, así extranjeros como nacionales; pero su falta de especialización —al menos para los primeros decenios del XIX— lo delata el hecho de que vendieran artículos diversos tales como, siempre en el caso de Galván, enseres femeninos.¹⁵

El gran cambio de esta etapa será la utilización de la fuerza de tracción animal (en la imprenta de Cumplido) o a vapor para el proceso de impresión, con el consiguiente ahorro en tiempo y trabajo humano; sin embargo el proceso de composición no sufre grandes cambios sino hasta la década de 1880. Mas contratando un número mayor de cajistas, correctores, fundidores de tipos, litógrafos y grabadores se podía aumentar considerablemente la producción y siempre a más bajo costo gracias a las prensas mecanizadas. Hay indicios también de que la libre empresa hizo que el oficio de cajista perdiera sus prerrogativas gremiales y se proletarizara al punto de que su característica y arreglada estampa, según la retrata Linati, cambia para convertirse en la de un tipo andrajoso dispuesto a trabajar cada vez por menos. Además, el pago a destajo minimizaba el costo de la mano de obra cuya oferta aumentaba con la difusión de la educación y la práctica rutinaria del despido, la retención de salarios y los “descuentos” a los mismos. Con todo, la tolerancia de erratas era mucho menor a la actual, lo cual prueba la existencia en los talleres de personas entendidas en el oficio que mantenían

realizaban empresas modestas como la publicación de estampas y oraciones, por ejemplo, para las que siempre había demanda.

¹⁵ Laura Solares Robles, “Prosperidad y quiebra. Una vivencia constante en la vida de Mariano Galván Rivera”, en Suárez de la Torre, *op. cit.*, p. 114.

una calidad alta. Ello se lograba mediante una organización jerárquica de los talleres que colocaba en posiciones clave a personas calificadas que tenían dominio de la lengua, a la vez que supervisaban o realizaban personalmente muy minuciosos procesos de corrección que culminaban con la “fe de erratas”.¹⁶

Galván, quien imprimió sus famosos calendarios “por lo menos desde 1826”,¹⁷ terminó vendiendo su negocio en 1841 a otro editor, Vicente García Torres, agobiado por las deudas: debía a diversos acreedores 33,560 pesos. Si atendemos al lugar y a la época la hipótesis más razonable para explicar su quiebra pareciera ser la dificultad de cobrarle a los sucesivos gobiernos, clientes muy importantes para los editores: según documenta Laura Solares, en 1835 el gobierno adeudaba a Galván 4,043 pesos y no le pagaba en los plazos estipulados.¹⁸ En cuanto a las filiações políticas de Galván, en 1863 lo hallaremos formando parte de la Junta de Notables del Imperio.¹⁹

Un rubro que merece particular estudio es el comercio que los editores e impresores hacían con el papel. Ya fuera nacional o extranjero, ellos eran los intermediarios entre las fábricas y el público, que hallaba en el genial invento chino una infinidad de usos; piénsese en la demanda de papel y “libros en blanco” de los escolares. Los editores e impresores tenían la maquinaria adecuada para cortarlo según las necesidades de cada una de sus funciones, a la vez que podían imprimir etiquetas, tarjetas de visita, papel para la correspondencia personal y oficial, facturas, formas impresas, invitaciones,

¹⁶ Sobre estos aspectos véase Everardo G. Carlos González, “Los tipógrafos y las artes gráficas: proceso de trabajo y espacio laboral en las imprentas mexicanas del siglo XIX”, en Suárez de la Torre, *op. cit.*, pp. 27-50.

¹⁷ Véase Laura Solares Robles, *op. cit.*, p. 115. Se debe a Galván la primera edición mexicana de la Biblia, en 1831, que seguía la edición de Vence, en 25 volúmenes; cada uno se vendía a 5 pesos, de modo que la obra completa costaba 125 pesos. *Ibid.*, p. 111.

¹⁸ *Ibid.*, p. 113.

¹⁹ *Ibid.*, p. 121.

anuncios, volantes, hojas sueltas, prospectos, membretes, avisos, convites, boletas, billetes de lotería, certificados, etcétera. Así, por ejemplo, sabemos que en 1835 Galván vendió al gobierno “120 resmas de papel (cada resma contenía 100 cuadernillos) para la publicación del *Diario de Gobierno*” por un monto de 1,620 pesos.²⁰

El editor más exitoso del siglo XIX en México fue probablemente Ignacio Cumplido, a quien ahora conocemos gracias al excelente estudio de María Esther Pérez Salas. Cumplido, editor y propietario de *El Siglo XIX*, se inició en el negocio en 1829 como encargado del taller que publicaba el *Correo de la Federación* y en 1832 instaló su propio negocio, que se mantuvo floreciente aun después de su muerte, ocurrida en 1887. Como empresario editorial se caracterizó por ofrecer la más alta calidad en sus impresos, por la utilización de tecnología avanzada, por ser un inmisericorde hombre de negocios y por su inagotable energía. Guillermo Prieto, quien fue redactor de varios de los periódicos de Cumplido, lo describe así:

Celosísimo de que nadie perdiera su tiempo, ni se divagase, ni parpadease, tenía a cada redactor en un cuarto aislado [...] no es concebible la ubicuidad, la presencia o aparición de Cumplido en todas partes: ya podaba sus macetas y regaba un jardín precioso en la azotea [...], ya se oía su voz en las caballerizas, regañando a los criados; aquí instruye cómo se vacía un cilindro de cola y acullá manda apretar los tornillos

²⁰ *Ibid.*, p. 113. Tradicionalmente una resma estaba formada por 20 “manos” y cada mano tenía 25 hojas.

²¹ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, México, Editorial Patria, 1958, p. 337. Citado en María Esther Pérez Salas, “Ignacio Cumplido: un empresario a cabalidad”, en Laura Suárez de la Torre, *op. cit.*, p. 149. De este ensayo hay una versión corregida y aumentada: “Los secretos de una empresa exitosa: la imprenta de Ignacio Cumplido”, en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México. 1830-1855*, *op. cit.*, pp. 101-181.

de una prensa; acude al escritorio a resolver una duda; socorre a una vieja; despidе a un inoportuno; emplaza al sastre...²¹

En 1843, Cumplido publicó el reglamento de su casa, que admira por la productividad, orden y economía que lo guía, llegando al punto de que un empleado en particular debía cada día recoger los cabos de las velas para enviarlos al día siguiente a la velería, con objeto de que su importe le fuera abonado en el consumo de velas.²² El empresario editorial realizó varios viajes al extranjero para ponerse al tanto de lo más moderno del arte tipográfico y, a partir de 1843, introdujo en el país la prensa de cilindro con la que podía tirar mil ejemplares de *El Siglo XIX* por hora.²³

En cuanto a la habilidad de Cumplido de sacar el mayor provecho en cualquier situación, un buen ejemplo es su relación de negocios con el impresor catalán Rafael de Rafael y Vilá. El mexicano lo sedujo para que viniera a México e instalara la prensa mecánica que antes mencionamos; Cumplido se comprometió a pagarle 100 pesos mensuales y a alojarlo a él y a su familia en su propia casa y, posteriormente, Rafael se haría cargo del manejo de todo el establecimiento, compartiendo a mitades las ganancias con Cumplido. Sin embargo, tan pronto quedó instalada la nueva tecnología, el catalán fue relegado a las funciones más modestas; según su propio testimonio:

El Sr. Cumplido, que me había hecho sacrificar mis intereses para que me encargase de la dirección de su casa, haciéndome promesas que *nunca se cumplieron*; cuando le hube planteado la máquina y montado su casa enteramente en nuevo pie, creyó que *ya no me necesitaba más*; pensó que *yo no*

²² *Ibid.*, pp. 150-151.

²³ *Ibid.*

²⁴ *El Monitor Republicano*, núm. 885, 13 de octubre de 1847, p. 3. Citado en Javier Rodríguez Piña, “Rafael de Rafael y Vilá: impresor, empresario y político conservador”, en Laura Suárez de la Torre, *op. cit.*, p. 160.



Ex libris de Carlos Alvarado Lang.

*era ya de ninguna utilidad en su casa, y por consiguiente, que ya podría desprenderse de mí. Para lograrlo, me redujo a imprimir tarjetas tipográficas y de tórculo.*²⁴

Otra de las causas de la disputa de Rafael con Cumplido fue “el haberme opuesto a la práctica que siempre ha seguido Cumplido, de rebajar semanariamente a sus operarios alguna parte del justo precio de sus trabajos”.²⁵ Finalmente, a mediados de 1845, Rafael se separó definitivamente de Cumplido y estableció su propio negocio en sociedad con Mariano Gálvez y Mariano Troncoso; más tarde por cuenta propia, siempre con bastante buen éxito.

Tal vez lo más admirable del negocio de Cumplido era su sistema de distribuidores foráneos, muy superior a cualquiera de los actuales. En el prospecto de una obra de 1844 aparece una lista de 115 puntos de venta donde se podían adquirir los periódicos y libros publicados por Cumplido, que es preciso reproducir para tener una idea clara de que la lectura no era sólo un fenómeno citadino, sino que rancheros y hacendados, tratantes de café o de maíz tenían acceso a las publicaciones de Cumplido en un punto más o menos cercano a su domicilio. Parecerá cansado leer tan larga lista, pero más lo era para los arrieros transportar las publicaciones a todos estos lugares: Acapulco, Aguascalientes, Ahuacatlán, Alaquines, Ameca, Apa [*sic*], Apacingán, Arandas, Asientos, Atlixco, Atotonilco, Atotonilco el Grande, Autlán, Barca, Culliacán, Cuernavaca, Catorce, Chalchihuites, Chapala, Chiapas, Chihuahua, Ciudad Victoria, Colima, Colotlán, Compostela, Córdoba, Celaya, Campeche, Durango, Etzatlán, Fresnillo, Guadalajara, Guadalcázar, Guadalupe y Calvo, Guanajuato, Guaymas, Huejutla, Hermosillo, Huimanguillo, Habana, Huajuapán, Jalapa, Jalostotitlán, Juchipila, Jalacingo, Lagos, León de los Aldamas, Maravatío, Mascota, Mathuala, Mazapil, Mazatlán, Monterrey, Morelia, Morelos, Moyahua, Mérida de Yucatán, Nueva

²⁵ *Ibid.*

Orleáns, Nieves, Nochistlán, Oajaca, Orizava, [*sic*], Pachuca, Pinos, Puebla, Puerto de Matamoros, Querétaro, Río Grande, Rincón de Romos, Salinas del Peñol Blanco, Salinas Victoria, Saltillo, Salvatierra, San Andrés Tuxtla, San Cosme, San Juan Bautista de Tabasco, San Juan de los Lagos, San Juan del Río, San Juan Teotihuacán, San Luis Potosí, San Miguel de Allende, Sain Alto, Santa María Acatlán, Santa María del Río, Sisal, Santiago Ixcuintla, Sayula, Sombretete, Tampico, Tecolotlán, Teocaltichi, Tehuacán, Tepecoacuilco, Tepic, Tequila, Taltenango, Tlalpujahua, Tlacotalpa, Tuxpan, Toluca, Ures, Valle del Maíz, Valle de San Francisco, Veracruz, Villanueva, Villa de la Encarnación, Villa del Nombre de Dios, Zapotlán el Grande, Zacatecas, Zacoalco, Zamora, Zapotlanejo, Zimapán, Zacatlán y Zinapécuaro.²⁶

Cumplido contrató para sus publicaciones redactores liberales pero también algunos conservadores y, si bien generalmente se caracteriza a *El Siglo XIX* como periódico del partido “del progreso”, hubo época en que se deshizo en elogios hacia Santa Anna; en cualquier caso el editor fue un notable promotor de la modernidad.²⁷ Generalmente se ha atribuido a los escritores el mérito de la difusión de las nuevas ideas (y a otros la defensa de las antiguas) y

²⁶ Tomado de Mathieu de Fossey, *Viage a Méjico. Prospecto*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1844, pp. 8-12.

²⁷ *Apud* Luis Reed Torres y María del Carmen Ruiz Castañeda, *El periodismo en México. 500 años de historia*, México, EDAMEX, 1995, p. 161 y ss. No estoy convencido de que la catalogación de los editores por la tendencia de los periódicos que publican sea decisiva; por ejemplo, como empresario profesional, el lucro permitirá al editor José Mariano Fernández de Lara publicar lo mismo la obra de Alamán que la de Bustamante, también editará el diario monarquista *El Tiempo* (cuyo primer número no sale a tiempo porque los trabajadores del taller se negaron, ellos sí, a participar en una empresa monarquista), a la vez que publica las radicales novelas de Pantaleón Tovar. Véase Laura Suárez de la Torre, “Una imprenta floreciente en la calle de la Palma número 4”, en Suárez de la Torre, *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, loc. cit., p. 138 y ss.

apenas ahora, gracias a investigaciones como la coordinada por Laura Suárez de la Torre, comenzamos a comprender la importancia de los editores; pero también aquí debemos cuidarnos de no llevar las cosas demasiado lejos. Editores y escritores (sin olvidar a cajistas, prensistas, correctores, etc.) representan, respectivamente, el capital y el trabajo de las empresas editoriales y son mutuamente necesarios; ninguno podría existir sin el otro pues serían como caballero andante sin amores, como flor sin aroma, y ambos factores aportaron —ya en lo tecnológico y mercadotécnico, ya en lo político y lo estético— elementos que debemos calificar como revolucionarios. De cualquier modo no cabe duda de que la calidad de las publicaciones de Cumplido, lo mismo que su productividad y su sistema de mercadeo, hicieron accesibles a un bajo costo a los lectores las publicaciones periódicas y los libros que imprimió.

Cristina Gómez Álvarez, una verdadera conocedora de la historia del libro en México, ha estudiado las bibliotecas de particulares y una de sus conclusiones consiste en advertir que los medios económicos no guardan una correspondencia directa con el número de libros poseídos:

Al respecto citemos dos ejemplos extremos: Manuel Mendoza y Herrera, comerciante de hierro y cobre, hombre muy rico, falleció en 1825 y sus bienes fueron calculados en 85,088 pesos, 3 reales y 9 granos. Tenía 177 tomos que fueron evaluados en 71 pesos, lo que representa el 0.083% del total de su capital. Por su parte, Félix Fernando Zamorano falleció intestado en 1838 y su albacea dativa inventarió sus bienes en 596 pesos, 7 reales, poseyó 132 tomos que fueron estimados en 127 pesos, suma que representa el 21.3% del total de sus modestos bienes.²⁸

²⁸ Cristina Gómez Álvarez, “Libros y lectores en México, 1750-1850”, en *AGN. Boletín*, 6a. época, núm. 1, agosto-octubre de 2003, p. 21.

Tipología del impreso

En un trabajo estupendo Carmen Castañeda señala que en la tienda de libros de la imprenta de Guadalajara, conforme al inventario de 1821, había en existencia 409 títulos con un total de 103,439 ejemplares; tenía entonces Guadalajara 40,000 habitantes. Por mucho, los impresos más numerosos eran las estampas: 6,900 de medio pliego a 12 reales el ciento, 20,600 de cuarto de pliego a 7 reales el ciento y 63,300 de un octavo de pliego a 3 reales el ciento. “Las estampas, además de colocarse en las recámaras o salas de la casa, se incluían en la portada o en la primera página de los libros devotos, que pedían y exigían su lectura.”²⁹ También podían conseguirse en esa librería: “gazetas” políticas y de literatura, cartillas, catecismos, catones, añeajos, pliegos (de 8, 16 o 32 páginas) de “romances y varios juegos”, gramáticas españolas y latinas, retóricas y sintaxis, tratados de filosofía para enseñar la lógica y la metafísica, tratados de teología, libros sagrados (escrituras), tratados de derecho canónico, derecho civil, misales, sermones, entre otros.

Los libros devotos eran todo un género con diversas especies. Los más comunes eran los catecismos dialogados, los devocionarios y las novenas, que eran oraciones y “preces” que se rezaban durante nueve días consecutivos, en cambio los triduos duraban tres días; había también “trisagios o himnos en honor de la Santísima Trinidad, en los cuales se repetía tres veces la palabra santo”; los “vía crucis” conmemoraban los 14 pasos del Calvario, rosarios “con los rezos para conmemorar los 15 misterios de la Virgen”; los libros de ejercicios cotidianos para la cuaresma tenían subespecies: “de San Ignacio, de Jesús, espirituales, de las siete palabras, de las tres caídas, dolorosos, de las tres horas”; había libros de visitas (“de monumentos, alta-

²⁹ Carmen Castañeda, “Libros para todos los gustos: la tienda de libros de la imprenta de Guadalajara, 1821”, en Suárez de la Torre, *Empresa y cultura...*, op. cit., pp. 245-257.

res, al Santísimo Sacramento”), exámenes de conciencia, oraciones (para muertes repentinas, la hora de la muerte); también alabanzas, preparaciones (“para el adviento, la misa”), ofrecimientos, desagravios, obsequios, semanas o semanarios, jornadas, tercenas, centenarios, ejercicios para ayudar a bien morir, consejos, rogativas, despertadores, evangelios, diarios del cristiano, años cristianos, confesionarios, comulgadores, vidas cristianas, vidas y elogios de santos, hechos de los apóstoles, métodos (de encomendarse a Dios, de oraciones), libros de meditaciones, instrucciones, retiros espirituales, ramilletes, soliloquios, biblias en latín y en castellano y rezos de la pasión.³⁰

Libros de entretenimiento, los había de varias especies: novela picaresca, libros eruditos, libros de historia serios o más frecuentemente de anécdotas. En cuanto a los libros didácticos se disponía de cartillas (“cuadernos pequeños impresos, escritos en castellano, que contenían las letras del alfabeto y sus combinaciones para formar sílabas; también incluían las oraciones más sencillas, algunos rudimentos del catecismo y la tabla de Pitágoras”). Muy socorridos eran los catones (tratados de moral formados por frases cortas, paso siguiente a las cartillas). Para hacer cuentas estaban las tablas (“libritos que contenían las operaciones básicas de sumar, restar, multiplicar y dividir en forma de tablas”). A las niñas se les prohibía leer libros profanos y aun comedias. Para iniciarse en la lectura se ofrecía *El nuevo Robinson*, libro que se impuso como texto en las escuelas españolas y americanas, originalmente escrito en alemán por Joachim Heinrich Campe y traducido por Tomás de Iriarte en 1789.³¹

La reseña que hemos calcado de las existencias y tipos de impresos existentes en la imprenta de Guadalajara en 1821 es un buen indicador del mundo de la lectura en el ocaso de la Colonia. Pero también nos sirve para señalar las nove-

dades que aportó el siglo XIX. En primer lugar debemos señalar las publicaciones periódicas.

El primer periódico regular de la Nueva España fue la *Gaceta de México y Noticias de la Nueva España*, fundada por el obispo Juan Ignacio de Castorena y Ursúa en enero de 1722; cesó de aparecer después de publicar seis números, que eran mensuales. Con ligeras variaciones en el nombre tuvo una segunda época durante los años 1728-1739 y 1742, su tercera época cubre el periodo 1784-1809 y la cuarta y final, ahora con el nombre de *Gazeta del Gobierno de México*, abarca los años 1810-1821, en que desaparece.³² En 1803 aparece, fugazmente, una hoja semanaria, *El Noticioso General*, que contenía anuncios e informaciones breves.

Sin embargo, consideramos que el momento fundacional de la revolución de la lectura decimonónica debe ubicarse en 1805 con la creación del primer cotidiano, el *Diario de México*, que circularía hasta 1817.³³ Fue creado por el dominicano Jacobo de Villaurrutia (quien participaría en las juntas políticas de 1808) y Carlos María de Bustamante (quien fundaría diversos periódicos independentistas), siguiendo el plan de tantos periódicos ilustrados de difundir ciencias y literatura; el primer número apareció el 1 de octubre de 1805. En un principio se abstuvo de los temas políticos, que quedaban reservados a la *Gazeta*. De especial importancia fue la publicación en el *Diario* de las obras de nuestros autores neoclásicos, así el periódico sirvió de pivote de la Arcadia Mexicana. Pero no bastó el periódico para hacer estallar la revolución: se precisaba de una coyuntura política.

La invasión de Napoleón en España, en 1808, inició una crisis de legitimidad política que eventualmente conduciría a las independencias americanas. En la imprenta esto se vio reflejado por el paso al primer plano de la discusión de

³² Luis Reed Torres y María del Carmen Ruiz Castañeda, *op. cit.*, pp. 53-80.

³³ Una herramienta imprescindible es el trabajo de Esther Martínez Luna, *Estudio e índice onomástico del Diario de México. Primera época (1805-1812)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

³⁰ *Ibid.*, pp. 254-255.

³¹ *Ibid.*, p. 249.

los asuntos políticos: surge una lluvia torrencial de escritos patrióticos que llevaban consigo también la divulgación de un incipiente liberalismo. Luego, en noviembre de 1810, se decreta por primera vez la libertad de imprenta, cuyo efecto es la aparición de periódicos favorables a la independencia como *El Juguetillo* de Bustamante y *El Pensador Mexicano* de Lizardi.³⁴ François-Xavier Guerra llega incluso a aseverar, si bien de manera “hipotética”, que “fue esta modernidad cultural de finales del antiguo régimen que hizo posible la revolución de Independencia”.³⁵ En su apoyo Guerra alude al desarrollo de la educación y a la multiplicación de imprentas e impresos a partir de la última década del siglo XVIII, que distinguía a la Nueva España de las demás colonias americanas. La hipótesis de Guerra tiene la debilidad de que no sólo la Nueva España sino *todas* las colonias continentales, incluso las más atrasadas en términos culturales, obtuvieron su independencia. Sin embargo, el autor tiene mucha razón cuando percibe en esta coyuntura un cambio de época, pero es sólo el inicio; por otra parte el fondo

³⁴ *Apud* François-Xavier Guerra, “Alphabétisation, imprimerie et révolution en Nouvelle-Espagne à l’époque de l’indépendance”, en *Annales des pays d’Amérique Centrale et de Caraïbes*, núm. 6, s. f., p. 108. Agradezco a Esteban Sánchez de Tagle el haberme proporcionado este valioso trabajo. Existe traducción al español: “La difusión de la modernidad: alfabetización, imprenta y revolución en Nueva España”, en *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Editorial MAPFRE / Fondo de Cultura Económica, 1993.

³⁵ *Ibid.*, p. 84. Guerra, hace resaltar los elementos modernos de la comunicación, principalmente la imprenta; pero no debemos pasar por alto las manifestaciones que dibujan un mundo donde lo oral sigue prevaleciendo. Por ejemplo la Congregación de Eclesiásticos de San Pedro, en octubre de 1810, promete al virrey que inspirará al pueblo la fidelidad a la Corona “en los pulpitos y en las conversaciones públicas y privadas” (p. 398); por su parte los frailes del Colegio Apostólico de Pachuca proponen enviar a los pueblos comarcanos religiosos para predicar lo mismo (p. 407). Véase *El clero en México y la guerra de Independencia. Documentos inéditos o muy raros para la historia de México publicados por Genaro García*, México, Editorial Porrúa, 1975.

³⁶ *Apud, ibid.*, p. 96.

de la hipótesis de Guerra —darle un peso decisivo a los elementos culturales— ofrece posibilidades interesantes y bien merece continuar su exploración. Así, la conjunción de la aparición del primer cotidiano, el *Diario de México* (que llegó a tener tirajes de 7,000 ejemplares),³⁶ con la crisis política de 1808 desata el surgimiento de imprentas legales y clandestinas que se mantienen activas durante los años de prohibición de los escritos políticos (1813-1819) y culmina, al restablecerse la Constitución de Cádiz en 1820, con una marejada de publicaciones. En el trabajo bibliográfico de Garritz y Guedea sobre *Impresos novohispanos (1808-1821)* se señala que entre 1808 y 1819 se publicaron alrededor de 250 impresos por año, siendo el más fecundo el de 1810 con 367. Pues bien en 1820 la cifra se multiplica casi cuatro veces para pasar a 1,144 y en 1821 el número de impresos fue de 1,143.³⁷ Y no olvidemos otro hecho fundamental de los albores de esta revolución: la publicación, en 1816, de la primera parte de *El Periquillo Sarniento*, que es nada menos que la primera novela mexicana.

Entre muchos otros periódicos en 1821 aparece *El Sol* y, dos años después, *El Águila Mexicana*, de carácter eminentemente político y que eran los portavoces de los partidos de la época (el escocés y el yorkino, respectivamente); pero su estructura, diseño y contenido resultan sosos frente a un periódico como *El Siglo XIX* (1841)

³⁷ Véase Amaya Garritz y Virginia Guedea (coords.), *Impresos novohispanos (1808-1821)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 1998, 2 vols. Los folletos de la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional confirman esta tendencia: entre 1800 y 1807 tenemos en promedio 19 folletos por año; en los años 1808-1813 el promedio anual es de 151 folletos; entre 1814 y 1819 el promedio baja a 43; finalmente de 1820 se hallan en esa colección 619 folletos y 543 de 1821. Véase Rocío Meza Oliver y Luis Olivera López, *Catálogo de la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México. 1800-1810*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993; y de los mismos autores, *Catálogo de la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México. 1811-1821*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

de Ignacio Cumplido, de gran formato, estructurado en secciones interesantes como el editorial, gacetilla, remitidos, crónica, composiciones literarias, anuncios, folletín, etcétera.

Un fenómeno que debe señalarse como fuera de serie fue añadir al periódico un “folletín” en la parte inferior del mismo, que podía ser recordado y encuadernado, en donde se publicaron un gran número de novelas nacionales y extranjeras; el primero en hacerlo fue *La Presse* de París en 1836, que consiguió con ello un gran aumento en la circulación del diario que pudo así reducir su costo a la mitad.³⁸ El ejemplo francés fue imitado en todas partes; en México primero se publicaron folletines extranjeros pero, a partir de noviembre de 1848, comenzó a aparecer en el folletín de *El Fénix* de Mérida *La hija del judío*, novela histórica de Justo Sierra O’Reilly, que en opinión de Castro Leal tal vez sea la primera (de un autor mexicano) que adoptó este formato.³⁹ Es importante señalar que el folletín significó, además de una inmensa popularización de la novela, una nueva técnica narrativa —episódica— que consistía en procurar que cada folletín terminara en suspenso, en forma parecida a las actuales telenovelas, dejando así en ascuas al público que ardía de impaciencia por adquirir el siguiente número. Además, en esta novela

³⁸ Un estudio espléndido es el de Alain Vaillant y Marie-Eve Thérenty, 1836: *l’an 1 de l’ère médiatique. Étude littéraire et historique du journal La Presse, d’Émile de Girardin*, París, Nouveau Monde Éditions, 2001. Otros trabajos recientes de gran interés son: Roger Chartier, “Culture écrite et littérature à l’âge moderne”, en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, año 56, núms. 4-5, julio-octubre de 2001, pp. 783-702 (todos los textos están dedicados a prácticas de escritura). Varios autores, “AHR Forum. How Revolutionary Was the Print Revolution?”, en *The American Historical Review*, vol. 107, núm. 1, febrero de 2002, p. 84 y ss. Para fines comparativos y muchas coincidencias con el presente ensayo véase el estupendo artículo de Iván Molina, “La cultura impresa centroamericana en la primera mitad del siglo XIX”, en *Historias*, núm. 51, enero-abril de 2002, pp. 91-107.

³⁹ Antonio Castro Leal, *La novela del México colonial*, México, Aguilar, t. I, p. 28.

de Sierra O’Reilly, cuya acción transcurre en el siglo XVII, el gran misterio son unos papelillos impresos que los jesuitas esconden con el mayor secreto junto con una imprenta clandestina; ésta es una muestra palpable de la verdadera estima que tuvo en el XIX el invento de Gutenberg, la libertad de imprenta fue considerada un auténtico *fiat lux*.⁴⁰

Otro triunfo de la mercadotecnia de la época fue la novela por “entregas” hebdomadarias, con la misma técnica episódica del folletín pero publicada de manera autónoma y ya no ligada a un periódico; así, se tenía acceso a una interesante experiencia de lectura en cómodos abonos. Las siete novelas de Riva Palacio se publicaron por entregas semanales de 32 páginas, en cuarto de folio, a un costo mínimo: un real (12.5 céntimos del peso) cada una en la capital, y real y medio en el interior, es decir que eran muy accesibles para la clase media. En cuanto al tiraje sabemos que *Calvario y Tabor* tuvo una primera edición de 6,000 ejemplares que se agotó, y en seguida se reimprimió.⁴¹

Pero retomando la cuestión de la prensa es fundamental señalar que a través de ella se difundió, se argumentó, se sedujo y en gran medida se convenció de la instauración de una nueva era de la civilización, marcada por las revoluciones francesa y norteamericana, la revolución industrial y el romanticismo. La independencia y luego el establecimiento de la república en 1824 agitaron profundamente las raíces de la sociedad, pero como ocurre con frecuencia en las grandes revoluciones, lo que quedó

⁴⁰ Y no es invento de Sierra O’Reilly el episodio de los mensajes impresos en un lugar, Yucatán, donde no había imprenta en el siglo XVII: su antecedente es la leyenda popular “La cita en la catedral [de Mérida]”, conozco la versión escrita por Riva Palacio y Juan de Dios Peza pero es posible que Sierra O’Reilly también haya escrito su versión pues es autor de un libro de leyendas, el cual no he podido aún leer.

⁴¹ Véase mi trabajo *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / Universidad Iberoamericana, 1993.

en el lugar del antiguo régimen fue un vacío y una sociedad cuya mentalidad no cambió de la noche a la mañana. Fue aquí donde la literatura —incluyendo todos los géneros, incluso el tratado científico y la legislación— jugó, a través de su campeón (que lo era el periódico), un papel *sobredeterminante*,⁴² pues en política y en infraestructura el país era un desastre: entre 1828 y 1867 ningún presidente llegó al término de su ejercicio; por otro lado el ferrocarril México-Veracruz se inauguró hasta 1873. Dadas estas condiciones (junto con bandolerismo, asonadas, las regiones en guerra con la federación, la hacienda en banca rota, agiotistas, invasiones extranjeras), el gran factor tanto para la unidad como para la estabilidad que al fin se conseguiría fue la literatura, o si se prefiere, el mundo de las comunicaciones, que el desarrollo de la imprenta hizo posible y que marca la transición de una sociedad fundada en lo oral a otra anclada en las comunicaciones escritas: asistimos al nacimiento de eso que ahora llamamos “los medios”. Este proceso modernizador lastimó duramente al México indígena (me refiero a las leyes de Reforma), pero incorporó a criollos y mestizos, es decir a la oligarquía y a la clase media, a la modernidad. En el periódico del siglo XIX se publican noticias políticas, se entablan debates y surge la opinión pública, se dan a conocer las leyes, las revoluciones se hacen propaganda, se divulga la oratoria, se eternizan los poetas, se funda la crítica literaria, al humorismo se le ofrece el balcón de honor, las doctrinas políticas son debatidas, se elogia a los mecenas de los redactores (quienes hallan un modesto *modus vivendi*),⁴³ los grupos políti-

⁴² Véase mi trabajo “La formación de la literatura nacional y la integración del Estado mexicano”, en Suárez de la Torre, *Empresa y cultura...*, *op. cit.*, pp. 419-428.

⁴³ Aun los escritores más fecundos obtenían magras recompensas económicas, tanto así que las imposiciones extraordinarias de impuestos jamás los toman en cuenta. Véase mi trabajo “La literatura como profesión en México en el siglo XIX”, en *Memoria. Coloquio internacional Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, pp. 325-333.

cos ganan adeptos, la caricatura y la litografía nacen y alcanzan altísimo nivel, la crónica enriquece la realidad y la lengua, el *reporter* hace creer que narra lo que *realmente* pasó, los candidatos a puestos de elección fundan periódicos “con el exclusivo objeto” de ganar, se publicitan lonas impermeables y, nótese la diferencia de época, métodos seguros para engordar.

Surgen, además, las revistas literarias de la época independiente comenzando por *El Iris* (1826), donde aparecen además las primeras partituras musicales, cuya demanda era muy grande en la era previa al gramófono.⁴⁴ Otra revista literaria notabilísima fue *El Año Nuevo* (1837-1840), donde publicaron sus composiciones los miembros de la Academia de Letrán;⁴⁵ en ella hay un proyecto específico para crear una literatura nacional que será continuado por el Liceo Hidalgo (en sus dos épocas) y las Veladas Literarias (1867-1868) de Altamirano y Riva Palacio.⁴⁶ Muestras de los avances en diseño, tipografía y amenidad son las revistas editadas por Cumplido: *El Mosaico Mexicano* (1836-1842) y *El Presente Amistoso* (1847-1852).⁴⁷

⁴⁴ Véase José Antonio Robles Cahero, “Las ediciones de Euterpe: libros e impresos de música en México en la primera mitad del siglo XIX”, en Suárez de la Torre, *Empresa y cultura...*, *op. cit.*, pp. 97-106.

⁴⁵ El mejor retrato de esa generación lo ha dibujado Fernando Tola de Habich en su amplio prólogo a la edición facsimilar de *El Año Nuevo de 1837*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.

⁴⁶ Se requiere mucho esfuerzo para comprender hoy, que podemos gloriarnos de tener un premio Nobel, las dificultades que implicaba crear una literatura nacional. Todavía en *Los cerros* (1882) Riva Palacio lamenta el poco agrado del público por las cosas de México —especialmente las de asunto indígena— y dirá: “Cuauhtémoc, en la escena, no ha podido nunca sobrevivir.”

⁴⁷ Citado en Suárez de la Torre, *Empresa y cultura...*, *op. cit.*, p. 83.

⁴⁸ Valdría la pena estudiar de manera específica a los editores propietarios de periódicos, como García Torres y Cumplido, que quizá hacían de éstos el pivote de su producción, a la vez que en los tiempos muertos utilizaban la maquinaria para otras publicaciones.

⁴⁹ Othón Nava Martínez, *op. cit.*, p. 124.

⁵⁰ Alejandro García Neria, “Las tribulaciones de un editor. Relato, aunque apócrifo, muy bien documentado”, en Suárez de la Torre, *Empresa y cultura...*, *op. cit.*, p. 83.

Aparecen también revistas especializadas, para mujeres y para niños. Así Vicente García Torres, quien llegaría a ser propietario del *Monitor Republicano*,⁴⁸ publica en 1839 el *Diario de los Niños*,⁴⁹ y en 1840-1842 el *Semanario de las Señoritas Mejicanas*.⁵⁰ Otro tipo, diferente, de revistas especializadas es el *Periódico de la Academia de Medicina de México* (1836-1843).⁵¹

Un aspecto fundamental, por desgracia superior a los límites de este ensayo, son los cambios en la geografía de la imprenta que pasa de unos cuantos puntos a todas las ciudades de consideración del país.⁵²

No citaremos más ejemplos de publicaciones periódicas para evitar lo que de común acontece: miramos los árboles pero no el bosque. En cambio, podemos señalar que en un trabajo reciente, extraordinario, fruto de esa loable empresa que es el Seminario de Bibliografía del Siglo XIX de la Universidad Nacional,⁵³ Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel examinan las *Publicaciones periódicas mexicanas: 1822-1855*⁵⁴ disponibles en la Hemeroteca Nacional (que por desgracia no posee, ni de cerca, todos los periódicos de la época), así como en la Colección Lafragua de

la Biblioteca Nacional, lo cual permite constatar la creciente importancia de los periódicos de todo tipo en el siglo XIX: 342 publicaciones periódicas entre 1822 y 1855. Del periodo siguiente (1856-1876) el catálogo (primera parte) señala que “la Hemeroteca Nacional resguarda alrededor de 500 títulos de esos años”.⁵⁵ Estas cifras corresponden, insistimos, no al total de los periódicos sino a los que existen físicamente en la Hemeroteca y Biblioteca nacionales. Si consideramos que en la época anterior al *Diario de México* sólo se publicaba un periódico quincenal, la *Gaceta de México*, estamos hablando de que el panorama periodístico se multiplicó exponencialmente. Esto solamente con respecto al número de títulos, pero además debemos considerar que los formatos y tirajes aumentaron cada vez más, al tiempo que los precios se reducían para ganar lectores: tenemos así que la suscripción mensual al *Diario de México* (1805-1817) costaba 14 reales por cuatro páginas de 14 x 20 cm, en tanto que *El Siglo XIX* con cuatro páginas de hasta 60 x 40 cm, en letra de tipo menor, costaba en 1841 sólo 20 reales por mes, en 1848 bajó a 16 reales y en 1874 era de apenas 8 reales (un peso) la suscripción mensual, si bien al año siguiente volvió a subir a 16 reales.⁵⁶ El colmo fue la publicación de *El Imparcial* en 1896 que se vendía a 1 centavo cada ejemplar, lo que daría al mes poco menos de 2 reales y medio. Si a todo esto añadimos que, citando el ejemplo más destacado, *El Siglo XIX*: “En 1874 el periódico tenía agentes en aproximadamente 250 lugares de la República y en 1876 era distribuido en más de 200 poblaciones mexicanas”,⁵⁷ me parece que tene-

⁵¹ *Ibid.*

⁵² Sobre la imprenta y el periodismo en el interior del país es de justicia mencionar siquiera algunos trabajos de Celia del Palacio Montiel, *La disputa por las conciencias: los inicios de la prensa en Guadalajara, 1809-1835*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2001; *Índice del fondo hemerográfico veracruzano del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1999; “Imprentas e impresores de Veracruz”, en Suárez de la Torre, *Empresa y cultura...*, *op. cit.*, pp. 171-191. Véase además en esta misma obra el trabajo de Adriana Pineda Soto, “Los tipógrafos en Michoacán, 1821-1855”, pp. 193-203.

⁵³ El primer logro de este Seminario fue Guadalupe Curiel Defossé y Miguel Ángel Castro, *Obras monográficas mexicanas del siglo XIX en la Biblioteca Nacional de México: 1822-1900. (Acervo general)*, presentación de José G. Moreno de Alba, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Ida y regreso al siglo XIX), 1997.

⁵⁴ Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel (coords.), *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1822-1855*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Ida y regreso al siglo XIX), 2000.

⁵⁵ Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel, *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1856-1876 (Parte 1)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Ida y regreso al siglo XIX), 2003, p. 7. Las cifras indican los periódicos fundados, no que existieran todos al mismo tiempo.

⁵⁶ Véase *ibid.*, p. 518; fuente citada en la nota 63, p. 400; y Esther Martínez Luna, *op. cit.*, p. XXXIII. Por otra parte debe considerarse que muchas de las publicaciones periódicas no eran *diarios*.

⁵⁷ Fuente citada en la nota 64, p. 519.

mos suficientes elementos para decir: asistimos a una revolución en la lectura.

Todo lo anterior servirá para avalorar lo dicho por Álvaro Matute: “La función social de la prensa en el siglo XIX fue enorme y definitiva para caracterizar todas y cada una de las épocas y las sociedades que integraron esa temporalidad.”⁵⁸ En cuanto a los tirajes de los periódicos debieron ser altos, en vista de que eran las publicaciones que más interés despertaban por su actualidad y debido a su bajo costo; sobre este punto hace falta un estudio específico pero los datos de que dispongo pueden servir de indicador: en 1862 *La Orquesta* anunciaba a sus “suscriptores” que tiraba 5,600 ejemplares para la capital, “no siendo menor el número que se envía a los estados”.⁵⁹ Y a esto hay que añadir que, en opinión de Cosío Villegas, este periódico no se contaba entre los “grandes”.

En cuanto al universo del libro —muy vasto— la gran revolución es la novela, con las técnicas de mercadotecnia que ya hemos mencionado. Pero se publican también, además de los géneros religiosos tradicionales, colecciones legislativas, folletos de todo tipo,⁶⁰ poemas, obras dramáticas, interpretaciones de la historia liberales y conservadoras, memorias, cartillas, diccionarios de diversos tipos, manifestaciones, discursos, opúsculos, libros de viajes, traducciones de todos

los géneros, manuales agrícolas, libros de texto, documentos oficiales y tratados sobre los más variados temas. Por lo que respecta a los calendarios, la lectura de los más pobres, que dieron fama a Galván, divulgan todo tipo de noticias y también el arte litográfico; después de los estupefactos estudios que sobre el tema ha realizado María José Esparza Liberal creo que ya nadie se atreverá a hablar de “pocos” lectores en el siglo XIX. Ella ha registrado 1,346 diferentes calendarios para el periodo 1820-1909, con un máximo de 446 en la década 1860-1869, y sobre el conjunto nos dice:

Los calendarios tenían la preocupación de llegar a toda clase de público y por ende contar con una recepción más numerosa [...] En los inicios el calendario costaba un medio real y, desde 1843 a 1857, costaba un real la unidad, cifra que nos permite decir que el costo era bajo y, por lo tanto, bastante accesible para la mayoría de la población.

[...]

Además contamos con otros testimonios de lo enraizado que estaba entre la población. Guillermo Prieto lo califica como “manual de las alcobas y de las cocinas, que salta del brasero al tocador y de la tienda mestiza a la sacristía”, o también como “retacería de erudición”.⁶¹

⁵⁸ Álvaro Matute, “De la prensa a la historia”, en Miguel Ángel Castro, *Tipos y caracteres: la prensa mexicana (1822-1855). Memoria del coloquio celebrado los días 23, 24 y 25 de septiembre de 1998*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 13.

⁵⁹ Véase mi trabajo “*La Orquesta* (1861-1877) periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas”, en *La Orquesta*, vol. II, núm. 7, mayo-junio de 1987, p. 34. Los datos sobre el tiraje aparecieron en *La Orquesta* del siglo XIX, el 21 de enero de 1862.

⁶⁰ Sobre folletería hay todo un número de la revista *Secuencia*, nueva época, núm. 39, septiembre-diciembre de 1997. En esta publicación Nicole Giron señala tener 28,000 registros. Para tener una idea de la prolijidad de nuestros literatos véase la obra fundamental de Ángel Muñoz Fernández, *Fichero bio-bibliográfico de la literatura mexicana del siglo XIX*, México, Factoría Ediciones, 1995, 2 vols.

⁶¹ María José Esparza Liberal, “Los calendarios y la gráfica decimonónica como expresión del acontecer político y social de México. 1821-1850”, tesis de maestría en Historia del Arte, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004. En este caso no puedo citar el número de página pues en el tiempo que escribía yo este trabajo aún no estaba concluida la tesis, fue gracias a la gentileza y confianza de la maestra Esparza Liberal que tuve acceso a una versión preliminar. Véase también, de esta autora, “La historia de México en el calendario de Ignacio Díaz Triujeque de 1851 y la obra de Prescott”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 80, 2002, pp. 149-167.

⁶² *Ibid.*

En cuanto a los tirajes, el Almanaque de C. de las Cajigas de 1851 señala que “se han agotado 30,000 ejemplares”; por su parte Ramón R. Navarro escribe en 1849: “cuatro calendarios, que en este año salen de mis prensas, con 100,000 ejemplares [25,000 de cada uno]”.⁶²

Reflexiones finales

Resulta evidente que a lo largo del siglo XX se construyó la conseja de que en el XIX los lectores eran muy escasos. Se ha manejado una visión *presentista* de la alfabetización: para decidir si había muchos o pocos lectores se toman como referencia las cifras actuales,⁶³ cuando han pasado doscientos años, en lugar de hacer la comparación con la situación en el siglo XVIII para medir así la alfabetización que el siglo XIX aportó. De igual manera se supone un tipo de lectura similar al actual cuando hemos visto que las prácticas de lectura del XIX eran diversas y distintas, especialmente la lectura en voz alta, y que en consecuencia el impacto de la lectura y su atractivo eran completamente diferentes. Sin la radio, sin el cine, sin la televisión leer en una tertulia o en una botica un periódico o una novela de Dumas o de Riva Palacio era una de las pocas opciones de entretenimiento realmente interesantes de la época, al tiempo que insertaba al auditorio en *esa* modernidad. A la vez el actual desprecio por la lectura se trasladada a aquella época, siendo que en realidad los periódicos fundaron la era mediática y que en su siglo de oro inventaron la opinión pública, lo que dicho en otras palabras viene a ser el paso de una sociedad donde lo oral prevalece a otra donde las comunicaciones escritas imperan.

En cuanto a la pobreza como escollo para tener acceso a la lectura hemos visto que, además de la lectura en voz alta y los gabinetes de

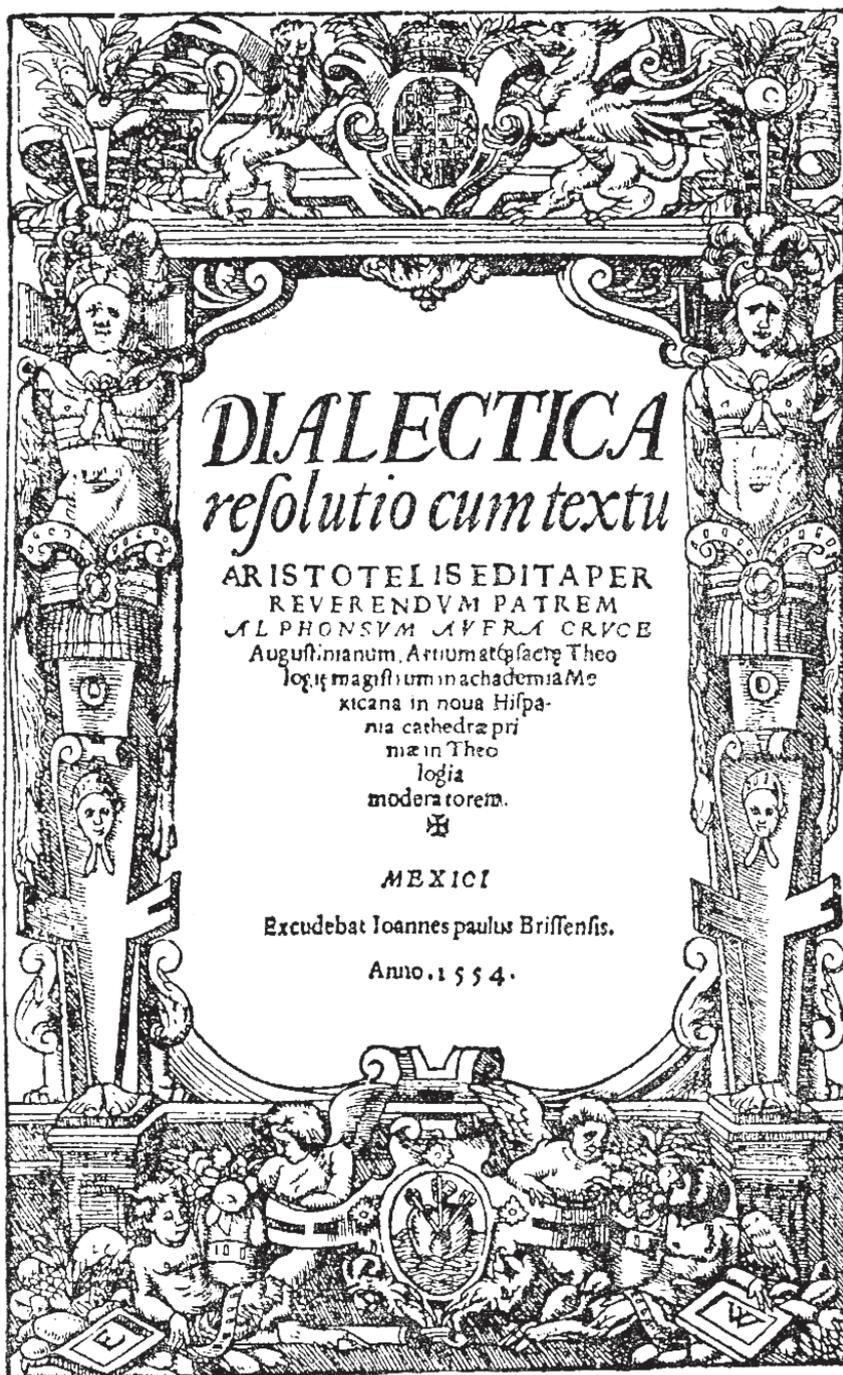
lectura, había publicaciones sumamente accesibles —oraciones, hojas sueltas, periódicos, novelas de folletín y por entregas, calendarios— que criollos y mestizos, es decir catrines y gente de medio pelo, bien podían pagar. No caeremos en la exageración de hablar de un consumo masivo entre los serranos indígenas (si bien indígena y analfabeta no eran sinónimos),⁶⁴ basta con aceptar que la clase media urbana y rural leía (o escuchaba una lectura en voz alta), hombres y mujeres, para concluir que en el siglo XIX se operó una auténtica revolución en la lectura. La moderna tecnología de impresión y de mercadería llevó el periódico y el libro a lugares donde hasta entonces había sido una rareza. El inicio de esta revolución puede ubicarse en 1805 con la publicación del *Diario de México* que adquiere todo su sentido ante la coyuntura internacional de 1808, la libertad de imprenta, la primera novela mexicana y, finalmente, la independencia: es una trama mixturada de elementos internos a la historia de la imprenta y otros externos.

Lo que resulta urgente y fundamental es comprender el *significado* de la lectura en el siglo XIX que debe enmarcarse en esa “larga Edad Media” que concluye precisamente en ese siglo y marca los albores de la modernidad. Para ello es preciso conjuntar los estudios literarios y de historia de las ideas, los estudios de los medios y la historia de la educación, para darle a ese siglo el lugar histórico que le corresponde; de otro modo seguiremos sin entender nada, no sólo sobre el fenómeno de la lectura sino sobre el conjunto de la sociedad. No olvidemos que todo el estudio de la historia se basa fundamentalmente en textos, y si no comprendemos con claridad el sentido y la función que tuvieron éstos en su horizonte de expectativas original seguiremos con interpretaciones rutinarias.⁶⁵

⁶³ Por otro lado, a diferencia del siglo XIX, hoy tenemos eso que llaman analfabetismo funcional: según un estudio de la Unesco realizado en 2001, México ocupó el penúltimo lugar en una lista de 108 países pues en el nuestro sólo se leen 2.8 libros por habitante al año. *Apud La Jornada de Enmedio*, México, 24 de abril de 2001, p. 6.

⁶⁴ Para documentar el aprovechamiento de la imprenta por y para los indígenas véase Michel Antochiw, “Los impresos en lengua maya dirigidos a los sublevados en la guerra de castas”, en *Saastun. Revista de Cultura Maya*, año 1, núm. 1, abril de 1997.

⁶⁵ Sobre esto es de gran utilidad el trabajo de Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, en *Historia y Gráfica*, núm. 15, 2000, pp. 181-208.



Portada de la *Dialectica resolutio* de fray Alonso de la Veracruz, impresa en México en 1554.